

# Breve aproximación a los espacios creativos de Emilia Pardo Bazán

*Julia Santiso*

Emilia Pardo Bazán nació en 1851 en la calle Riego de Agua<sup>1</sup>, en un edificio posteriormente destruido como consecuencia de las mejoras urbanísticas de la ciudad de A Coruña. Detengámonos en este hecho; el lugar donde la escritora vio por primera vez la luz es ahora propiedad del viento. Quizá esta evocación poética sirva para recrear la importancia de los paisajes puros (interiores y exteriores) en los creadores, pero sobre todo podría servir para relegar esa abundancia de definiciones acotadas a las que parecen tener que adaptarse los propios creadores.

Emilia Pardo Bazán no tiene, pues, casa natal, pero sí poseemos la vivienda que fue residencia familiar durante una buena parte de su vida<sup>2</sup>. Hoy, la Casa-Museo de la calle Tabernas intenta fortalecer su herencia al difundir un conocimiento directo del personaje recuperando y conservando, en la medida de lo posible, uno de sus espacios vitales; espacio íntimo, de creación, ceñido a su memoria y por lo tanto, y en definitiva, a su biografía.

Si quisiéramos enumerar los lugares por los que transcurrió su intensa vida ya llenaríamos las páginas de este artículo (seguramente esta movilidad tiene mucho que ver con su carácter curioso y vital) pero únicamente nos centraremos en las dos zonas geográficas donde

<sup>1</sup> A este respecto se conoce un comentario de Joaquín Freyre de Andrade, que paseaba con un grupo de gente entre la que estaba Pardo Bazán. «Al salir de la Plaza de María Pita y a la altura de la que aún ahora lleva el número 3, que hace esquina a la calle de la Fama, la escritora golpeó el pavimento de grandes losas de piedra con el regatón de su sombrilla, y dijo con énfasis: –Aquí nací yo». Y era cierto, continúa el historiador, en lo que ahora es calle hubo una casa, luego derribada para ensanchar la nueva vía, y en esa casa nació Emilia aunque vivió en ella poco tiempo. Martínez-Barbeito, Carlos. «Emilia Pardo Bazán, coruñesa». Revista del Instituto José Cornide de Estudios Coruñeses. Año VII. A Coruña, 1971, n.º 7.

<sup>2</sup> El edificio fue donado en 1956 a la Real Academia Galega por la hija y la nuera de la escritora: «Se concreta tal deseo en la creación de un «Museo Emilia Pardo Bazán» y cesión de la casa descrita a dicha Real Academia, a cambio de ésta asistir y proveer al cuidado y conservación del Museo».

durante casi toda su vida alternó su residencia: en Madrid los inviernos y en Galicia los veranos. Por supuesto nos detendremos en mayor medida en esta última por la indudable influencia en la conformación de su carácter y por la gran repercusión en su obra, y es que Emilia Pardo Bazán utiliza sus propios escenarios vitales como escenarios de ficción literaria y emplea muchos recursos autobiográficos, incluso patrimoniales. Su mirada atenta la lleva a utilizar como base para sus textos asuntos procedentes de la tradición y de la sabiduría popular, o de las literaturas antiguas y modernas. Cualquier suceso o acontecimiento pone en marcha su imaginación<sup>3</sup>.

Por supuesto este hecho tiene relación con su adscripción al movimiento naturalista, y el predominio de los elementos descriptivos en sus obras tiene que ver con su reconocido virtuosismo en la presentación de marcos y ambientes, cuya importancia es tan grande como los personajes ya que prueban la influencia del medio sobre el comportamiento humano. Pero Pardo Bazán demuestra tener un naturalismo propio; en ocasiones deja al margen ese determinismo ambiental (mucho más claro en las obras desarrolladas en el campo que en las zonas urbanas) y casi nunca se ciñe al concepto materialista y pesimista de lo feo aunque no lo evite en virtud de la necesaria franqueza realista, pero siempre reserva un espacio de belleza en tipos y paisajes, y el contraste que provoca consigue resaltarlos.

En general, para los que hoy la leemos, sus textos constituyen además, un inventario de la realidad de su época. Un análisis preciso y precioso que muestra su interés por conocer espacios y costumbres característicos de tipos determinados y darles la significación y el peso que realmente tienen para definir peculiaridades sociales y culturales. Incluso aunque en ocasiones juegue a no definir la localización geográfica, está claro que su preferencia se orienta hacia la tierra que la vio nacer; de las diecinueve novelas publicadas, nueve se ambientan en Galicia, y tres comparten escenario con ella<sup>4</sup>, pero por supuesto, la inclasificable Pardo Bazán no se puede ceñir a estas fronteras ni encerrarse en ellas, de ahí que tras la plasticidad demostrada en *Los pazos*

<sup>3</sup> Miguel de Unamuno, amigo de la escritora escribió: «La autora no inventó sino... lo más y mejor que se puede inventar, el estilo. Muchas veces le he oído decir que ella no inventaba ni personajes, ni caracteres, ni situaciones, ni escenas. Veía y miraba, oía y escuchaba, espiaba y observaba y luego llevaba todo ello a sus ficciones.». «Recuerdos personales de doña Emilia» en *Nuevo Mundo*, Madrid, 17 de mayo de 1921

<sup>4</sup> Clémessy, Nelly. Emilia Pardo Bazán como novelista. De la teoría a la práctica. *Fundación Universitaria española*. Madrid, 1981. 2 vol.

y en su continuación *La madre naturaleza* ubica alguno de sus textos en Madrid, donde por estas fechas ya había fijado residencia.

Es Madrid una ciudad que también prueba conocer aunque nunca le demostrará un afecto especial. Dejemos expresarse a la propia escritora, que comienza esta crónica como tantas otras, con ese precioso guiño al lector que supone la pregunta:

¿No habéis experimentado algunas veces un goce especial, de sedación, con la vida, no digo del campo, sino de provincia?

Salís de Madrid, donde os acosan innumerables quehaceres, infinitas distracciones, impresiones múltiples, reiteradas, de agitación ardorosa y vehemente –noticias, ingeniosidades, chismes, maledicencias, augurios políticos, asuntos de poco momento pero de gran tráfago, encuentros de amigos, de conocidos que apenas recordáis, de negociantes con quienes tenéis alguna relación momentánea de compraventa; todo el ruido de la sociedad y todo el remolino de la aglomeración humana en una capital casi grande–, y entráis en el apacible remanso de una ciudad de provincia, que, en opinión de muchos de sus habitantes, «está muerta,» y que a vosotros no os produce la impresión repulsiva de la muerte, sino la grata del sueño, de la siesta prolongada, que acorta las horas tediosas del día<sup>5</sup>.

También es sincera con las impresiones que le produce su ciudad natal, de la que le fue necesario alejarse para acabar valorándola<sup>6</sup>:

La naturaleza humana necesita el cambio: es una perogrullada irrefutable, cuya demostración encontramos en cada período y cada fase de nuestra vida. De contemplar siempre los mismos objetos, pasear en el mismo recinto, y comer el mismo manjar, ya es universal proverbio que se engendra el hastío, y más aún, una especie de irritación malévol y sorda. El agua estancada se corrompe. Así yo, pasando en Marineda temporadas seguidas de tres y cuatro años, llegué a ser injusta con tan linda ciudad.

## Madrid

La costumbre de alternar Madrid y Galicia seis meses al año es un hábito que vino repitiendo desde bien pequeña, en principio con sus padres y más tarde por decisión propia. La familia solía marchar a Coru-

<sup>5</sup> Pardo Bazán, Emilia. «*La vida contemporánea*» en *La Ilustración Artística*. Barcelona. 16 de julio de 1906. n.º. 1.281

<sup>6</sup> Pardo Bazán, Emilia. «*Marineda*», en *De mi tierra*. La Coruña. 1888.

ña a finales de mayo y pasaba, generalmente en Meirás, todo el verano hasta bien entrado el otoño, en que de nuevo regresaba a Madrid. Este era un uso muy extendido tanto en la élite social como en la cultural; desde «provincias» la corriente hacia la corte era constante.

Si leemos sus «Apuntes autobiográficos»<sup>7</sup> sabremos por ella misma que antes de los diez años recibió una educación ajustada a su nivel social en un colegio de Madrid.

En Madrid, donde pasábamos los inviernos, me educaban en cierto colegio francés, muy protegido de la Real Casa, y flor y nata a la sazón de los colegios elegantes. Yo estaba de medio pensionista. [...] En cuanto a alimento espiritual, *Telémaco* por activa y pasiva, *Fábulas de Lafontaine* a pasto, mucha mitología, unos ribetes de geografía, y ver un eclipse de sol por vidrios ahumados, experimento que me pareció el colmo de la ciencia astronómica. Eso sí: como nos prohibían hablar español, las menos lerdas salimos de allí hechas unos loritos, hablando francés a destajo.

Más adelante, continúa con este periplo vital.

Tres acontecimientos importantes en mi vida se siguieron muy de cerca: me vestí de largo, me casé, y estalló la Revolución de Septiembre de 1868. Elegido diputado mi padre para las Constituyentes del 69, empezamos a pasar los inviernos en la Corte y los veranos en Galicia. Mi congénito amor a las letras padeció largo eclipse, oscurecido entre las distracciones que ofrecía Madrid a la recién casada de diez y seis años, que salía de una vida austera, limitada al trato de familia y amigos graves, al bullicio cortesano y a la sociedad elegante de entonces, que aunque dispersa y mermada por la revolución, no parecía menos brillante a quien no la conocía de antiguo.

A partir de 1884, cuando fija residencia en Madrid desde mediados de otoño hasta bien entrada la primavera (en la temporada de los espectáculos y la vida social capitalina) define un círculo amistoso esencialmente protagonizado por miembros de la aristocracia social y cultural afines a sus gustos y aficiones, y los convoca ya en su primer domicilio en la calle Serrano nº 68, 3º izquierda, la noche de los jueves. Fray Candil escribe sobre estas veladas<sup>8</sup> y destaca la nota regionalista que la escritora da en ellas.

<sup>7</sup> Pardo Bazán, Emilia. *Los Pazos de Ulloa: novela original precedida de unos apuntes autobiográficos*, Barcelona: Daniel Cortezo y C<sup>ª</sup>, 1886 (*Novelistas españoles contemporáneos*).

<sup>8</sup> Bobadilla, Emilio (Fray Candil), «*Pedanterías de Doña Emilia*», en Triquitruques, Madrid, Fernando Fe, 1892.